

## INTRODUCCIÓN

Firmada la paz en París en diciembre de 1898, acababa un ciclo. España dejaba de ser un imperio. Sus posesiones en las Antillas y en Asia pasaban a otra administración<sup>1</sup>. Inició el último tercio del siglo XIX con una revolución<sup>2</sup> que trajo “una monarquía democrática” elegida por las Cortes<sup>3</sup>, con un Rey que pertenecía a una dinastía admirada por haber conseguido la unidad de Italia.

Los problemas en las colonias, especialmente, la guerra en Cuba<sup>4</sup>, condicionaron la estabilidad del proyecto político de los revolucionarios de sep-

---

<sup>1</sup> Sobre la dimensión real del imperio español y su transformación, hay que mencionar las investigaciones de Fradera y Delgado, de la Universitat Pompeu Fabra (Barcelona), y María Dolores Elizalde, del Instituto de Historia, del CSIC. Un excelente análisis, en sus trabajos y en los de otros colegas, en el V Congreso de la Asociación Española de Estudios del Pacífico, Madrid 15-19 noviembre 1999, apareció en dos volúmenes, *Imperios y Naciones en el Pacífico*, del que son editores Fradera y Elizalde junto con Luis Alonso, CSIC, Madrid 2001. Fradera y Elizalde adelantaron el contenido de sus últimos trabajos en el seminario del departamento de Historia Contemporánea, del Instituto de Historia, el 28 mayo 2004. Una síntesis, Josep M. Fradera, “‘La España Ultramarina’: Colonialism and Nation-Building in Nineteenth-Century Spain”, *European History Quarterly* 34/2 (april 2004) 191-214.

<sup>2</sup> Vid. los trabajos recogidos en *España, 1868-1874. Nuevos enfoques sobre el sexenio democrático*, Serrano García, Rafael (Dir), Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2002.

<sup>3</sup> Isabel María Pascual Sastre, *La Italia del Risorgimento y la España del sexenio democrático (1868-1874)*, CSIC, Madrid 2001, 27-287. Sobre Víctor Balaguer, que tuvo una parte activa en este proceso, *Victor Balaguer e i seu temps*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat 2004. Carmen Bolaños Mejía, “El Reinado de Amadeo de Saboya y la monarquía constitucional”, tesis doctoral en la facultad de Geografía e Historia, UNED 1999.

<sup>4</sup> José A. Piqueras Arenas, *La revolución democrática (1868-1874). Cuestión social, colonialismo y grupos de presión*, Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid 1992.

tiembre. Marcaron las posibilidades del nuevo reinado<sup>5</sup>, la estabilidad de la República y del poder ejecutivo presidido por Serrano<sup>6</sup>. Pasados unos años, la guerra en Cuba acabó trágicamente con Cánovas y puso a la Restauración en peligro<sup>7</sup> y a la opinión española en un estado de vértigo<sup>8</sup>.

La defensa de los territorios de la Corona española exigía alianzas<sup>9</sup>. La expansión de las grandes potencias creó zonas de fricción y antagonismos entre ellas<sup>10</sup>. Se ha reprochado a la sociedad española el vivir “encogida de

<sup>5</sup> Hablando de las condiciones en que el nuevo Rey tendría éxito, menciona el general Enrico Cialdini, la mejora de sus finanzas. Su estado, similar a las de Italia, pero España lo resolvería “qualora sappia risolversi a vendere una delle sue importanti isole che possiede nei mari dell’America e dell’Asia. Questa idea, impopolarissima pochi mesi fa, or sono, comincia a farsi strada ed a riunire proseliti”. Carta a Víctor Manuel II, 5 febrero 1871, *DDI* II/2, Roma 1966 129-134. El peso de los problemas financieros y su influencia en la política cubana, Inés Roldán de Montaud, *La Hacienda en Cuba durante la guerra de los diez años (1868-1880)*, Instituto de Cooperación Iberoamericana e Instituto de Estudios Fiscales, Madrid 1990.

<sup>6</sup> Manuel Espadas Burgos, *Los orígenes de la Restauración*, 2ª edición, CSIC, Madrid 1990. “El factor ultramarino en la formación de la mentalidad militar española”, *Historia Social* 44-47 (1988) 311-325. Una síntesis, -“El factor ultramarino en la formación de la mentalidad militar española”, *Historia Social* 44-447 (1988) 311-325 y la “Introducción” y “Los orígenes de la Restauración”: *La España de la Restauración (1875-1902)*, en *Historia de España* fundada por Menéndez Pidal, tomo XXXVI, v. 1, Espasa Calpe, Madrid 2000, IX-XLIII y 3-26.

<sup>7</sup> Cuando le dieron la noticia a la Reina, estaba con ella el embajador francés, a quien dijo que España necesitaba “un hombre providencial”. El embajador le aconsejó calma y sangre fría. El encargado de negocios atribuyó a la terquedad de Cánovas la prolongación de la guerra, pero reconocía que la Regente halló en él “le plus ferme soutien”. 124 y 131 Reversaux y J. B. Pasteur, San Sebastián y Madrid, 9 y 18 agosto 1897, *AAE NS Espagne* 1 86-87 y 95-96

<sup>8</sup> He tratado este asunto en *1898: diplomacia y opinión*, CSIC, Madrid 1991. Deben citarse los trabajos de Carlos Serrano, fallecido en el 2001. *Final del imperio. España, 1895-1898*, Madrid, Siglo XXI, 1988. *La tour du peuple. Crise nationale, mouvements populaires et populisme en Espagne, 1890-1910*. Madrid: Casa de Velázquez (Bibliothèque de la Casa de Velázquez, (2), 1987, edición española *El turno del pueblo. Crisis nacional, movimientos populares y populismo en España, 1890-1910*, Barcelona, Península, 2000. Joaquín Costa: *crisis de la Restauración y populismo, 1875-1911*, Madrid: Siglo XXI, 1977, en colaboración con Jacques Maurice. Su breve pero sugerente aportación “Conciencia de la crisis castellana en torno al 98”, *Castilla y el 98*, Julio Aróstegui y Juan Andrés Blanco editores, Diputación Provincial, Zamora 2001, 135-145.

<sup>9</sup> *Teoría y práctica de la redistribución colonial*, FUE, Madrid 1979, recogido en Santos Juliá (coordinador), *Debates en torno al 98: Estado, sociedad y política*, Comunidad de Madrid 1998, 13-57.

<sup>10</sup> Paul Kennedy, *The rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*. George Allen and Unwin, London 1982 y *The rise and fall of the Great Powers*. Fontana Press. London 1989.

hombros” aquellos años, de falta de creatividad y de “modorra”<sup>11</sup>. En muchas naciones europeas<sup>12</sup>, coincidieron “frustración colonial y crisis interna”<sup>13</sup>.

En ese desfallecimiento y con la mente aturdida, se produjeron entonces afirmaciones que han tenido la mala fortuna de perdurar. Todo había sucedido por falta de alianzas. No las tuvo España porque careció su clase dirigente de “orientación y buen consejo” y le faltaron defensores de una política internacional<sup>14</sup>. Se había denunciado eso el mismo año del “desastre”. Urgía a España rectificar su error. Cuba no era “un asunto interno”, que ni siquiera admitía los buenos oficios del país más afectado<sup>15</sup>. Cometido ese “tremendo desvarío”, se llamó “pacificación” a lo que derivaba en una gran “desolación”<sup>16</sup> que afectó sobre todo a la población civil en Cuba<sup>17</sup>. Fue esa equivocación uno de los motivos de una guerra que difícilmente podría justificarse.

Se dijo que no supo España contar con una baza: hacer ver que en Cuba se dirimía un asunto que afectaba al equilibrio entre las potencias. La renuncia a este recurso facilitó la intervención norteamericana, “imponiéndonos mutilaciones o liquidaciones de humillación”<sup>18</sup>. No fue así. España acudió a

<sup>11</sup> Se pasó de la irreflexión y del apasionamiento a la negación de la “personalidad histórica” de España, a su colapso tras una larga serie de “desventuras”. Juan López Morilla, *Hacia el 98. Literatura, sociedad, ideología*, Barcelona Ariel 1972, 237 y 249-250.

<sup>12</sup> Jesús Pabón las reunió en la expresión “los noventa y ochos europeos”. *El 98, acontecimiento internacional*, Madrid 1952.

<sup>13</sup> José María Jover, prólogo a Rosario de la Torre, *Inglaterra y España en 1898*, Universidad Complutense, Madrid 1888, 16.

<sup>14</sup> Labra sostuvo en 1904 que la “cuestión internacional es la primera y más grave. Lo fue antes y durante la guerra de Cuba y Filipinas. Y lo es hoy y lo será siempre”. El desenlace de la guerra colonial, con la intervención de Estados Unidos, postulaba “relaciones de amistad entre los pueblos civilizados. Declaraciones recogidas por Luis Morote, *El pulso de España. Confesiones políticas*, Madrid 1904, 169.

<sup>15</sup> No se escuchó a quienes consideraban que el problema de Cuba era internacional y “americano”. He analizado esto en “‘Triunfar en Washington’. España ante Baire”, *Anuario de Estudios Americanos* XLIX (1992) 563-584 y “La lucha de los independentistas cubanos antes de Baire y las relaciones de España con los Estados Unidos”, *Hispania* 174 (1990) 159-203.

<sup>16</sup> Defendió la concentración de la población y otras medidas de guerra el general Valeriano Weyler en una extensa carta al ministro de la Guerra, Miguel Correa y García, el 30 de diciembre de 1897, copia de los 8 pliegos y en una carta a la Reina en la misma fecha, AGP 5/39 a y b.

<sup>17</sup> Sobre los desastrosos efectos de la guerra, “Guerra y población civil: los reconcentrados”: La marina ante el 98 (II) Génesis y desarrollo de un conflicto, *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia Naval* 11 (1990) 21-44.

<sup>18</sup> Joaquín Sánchez de Toca, *Del poder naval en España y su política económica para la nacionalidad ibero-americana*, Madrid 1898, 345-336 y 357

Europa<sup>19</sup>. Lo hizo poniendo una garantía sobre sus posesiones de Ultramar como condición para renovar su adhesión a la Triple Alianza y su permanencia en los acuerdos sobre el Mediterráneo con Italia y el Reino Unido. Existía entonces una gran rivalidad entre Francia e Inglaterra en Egipto y Marruecos, y de Italia con Francia, en Túnez y Marruecos<sup>20</sup>. Las pretensiones y los intereses franceses en África situaban su política europea en un círculo vicioso<sup>21</sup>.

La Restauración tuvo una política exterior, quizás fue la única posible. No eran tiempos fáciles. Basta ver lo que sucedió con naciones tan poderosas como Alemania, el Reino Unido y Francia. Oscilamos, como Italia, aliada de las potencias centrales. España accedió a través de ella a esa alianza. Firmó con ella e Inglaterra la Declaración de marzo de 1887 sobre el Mediterráneo occidental<sup>22</sup> y la conservación del statu quo en Marruecos. Se adelantó a Italia en su política de aproximación a Francia, que invirtió en la economía española e invitó a los gobiernos de Madrid a tratar Marruecos como asunto bilateral. Esa política le permitió que Inglaterra exigiera a Francia en abril de 1904 tratar con España el futuro de Marruecos.

No era fácil diseñar una política exterior, ni siquiera teniendo los recursos de Inglaterra. Lo prueban la crisis de Fachoda de 1898 y la guerra en el Transvaal con los boers. Todos deseaban paz y libertad comercial. Añoraban los tiempos del “concierto europeo”<sup>23</sup>.

<sup>19</sup> He recogido esta conclusión en varios trabajos, resultado de dos proyectos de investigación. “España y el equilibrio mediterráneo (890-1891)”, *Hispania* 208 (2001) 149-183; “España y Europa durante la crisis cubana (1896-1887)”, *La Nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Siete Calles, Aranjuez 1996, pp. 729-754. “Europa en 1898 y la guerra de Estados Unidos con España”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* CXCV/III (1998) 1-39; “España y las alianzas europeas en 1898”, *Hispania* 197 (1997) 479-514.

<sup>20</sup> “El Mediterráneo y la diplomacia secreta. España e Italia en 1894”, *Rassegna Storica del Risorgimento* LXXXIV/III (1997) 487-528 y “Entre Francia e Italia. El acuerdo verbal hispano-italiano de 1895”, *Hispania* 192 (1996) 291-322.

<sup>21</sup> El barón Holstein había insinuado la posibilidad de que una aproximación a Rusia ayudaría a Italia en sus pretensiones sobre Abisinia. Sus contradictorios intereses con los de Rusia situarían a Italia en un círculo vicioso. Por eso le urgía terminar “con onore e moderazione (la campagna in) Africa”. 193 y riservatissimo 308 Blanc-Lanza, 14 y 15 febrero 1896, ASD CV 2/3.

<sup>22</sup> Albert Billot, embajador de Francia en Roma aseguraba que no existía ese pacto y, si lo hubiere, era ineficaz, como se había puesto de manifiesto respecto a Túnez en 1881 con el tratado de Passer Said, conocido como Tratado de Bardo o en 1896 en Abisinia. 181 Billot-Alexandre Ribot, 24 noviembre 1897, *DDF* I/13, París 1953, 606-610.

<sup>23</sup> Discurso de Salisbury en el banquete anual ofrecido por el Lord Mayor de Londres, 11 noviembre 1897. La reacción alemana, 1611/625 Lanza-Visconti Venosta, 11 noviembre 1897, ASD DDS XXXIV/7 7.

A comienzos de enero de 1896 la prensa francesa habló de la incorporación de Alemania a la alianza franco-rusa. Usaban como argumento la actitud de Guillermo II favorable a Stephanus Johannes Paulus Kruger, presidente de la República del Transvaal desde 1883. En 1896 se agudizaron las tensiones entre boers y colonos ingleses. El secretario de Asuntos Exteriores, barón Marshall, desmintió la noticia. El canciller austriaco, Goluchowski creyó que era verdad y que se trataba de una iniciativa personal del emperador alemán<sup>24</sup>. La tensión entre el Reino Unido y Alemania afectaba al equilibrio europeo y a la acción de las potencias europeas en Oriente<sup>25</sup>.

Alemania volvería a una política de paz con el nombramiento de Bernhard Heinrich von Bülow como secretario de Estado para Asuntos Exteriores<sup>26</sup>.

El otro ejemplo y argumento fue Fachoda. Se planteó la crisis en un momento en que Salisbury se sentía presionado por la opinión y el parlamento, que lo censuraban por haber cedido demasiado ante las pretensiones rusas en China<sup>27</sup>.

Las razones presentadas en el *Livre Jaune* francés quedaban en letra muerta ante la superioridad naval inglesa. Fachoda suponía igualmente un giro en la política inglesa. Desde la guerra de Crimea, se mantuvo ausente de las disputas entre potencias europeas. Aunque los gobiernos ingleses tuvieron algunos gestos y demostraciones en algunas ocasiones, jamás la opinión pública, sobre todo la ligada con los intereses mercantiles, estuvo de su parte. Como ejemplo, la cuestión de Egipto. Inglaterra no adoptó una posición enérgica, sino que respondió a Francia aplazando una solución, convenida entre las dos potencias.

En un debate parlamentario que tuvo lugar el 7 de febrero de 1898, Gabriel Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores, dijo que nadie habla de Egipto, pero todos piensan en él. Se refería a la actitud de las potencias

---

<sup>24</sup> Esperaba el canciller austriaco que Guillermo II “ritorni da sè all’ecuanimità ed ai sentimenti che devono ispirargli gli interessi del suo Impero”. Carlo Lanza-Alberto Blanc y cifra Costantino Nigra-Blanc, Berlín y Viena, 5 y 15 enero 1896, MCRR 665/17 7 y 14.

<sup>25</sup> Aunque Salisbury se mostraba tranquilo sobre la situación en China, confiando en la superioridad de la escuadra inglesa en aquellos mares, la opinión y el gobierno estaban inquietos por el posible predominio comercial de Alemania 808/391 Ferrero-Visconti Venosta, Londres 21 diciembre 1897, DDI III/2 Roma 1958 233.

<sup>26</sup> Partidario de la paz, Bülow era una buena ocasión para que Francia recuperara la política que trece años antes hizo Jules Ferry: hablar con Alemania sobre todos los asuntos y concertarse para hallarles solución. Conf 177 Albert Billot-Gabriel Hanotaux, Roma 14 noviembre 1897, DDF I/13, París 1953 587-588.

<sup>27</sup> 518/250 y 611/299 Costa-Canevaro, 12 de agosto y 15 de septiembre de 1898, ASD SP P 488.

europeas. Fijó la posición del gobierno francés: defender los derechos de Egipto, los de su soberano territorial, los intereses financieros de las potencias europeas y los otros relacionados con la navegación por el Canal de Suez y por el Mar Rojo con destino al curso del Nilo y al África continental<sup>28</sup>.

Francia se benefició de la pasividad de Inglaterra en África, consiguiendo un imperio de más de ocho millones de kilómetros cuadrados, entre Brazzaville y Argel<sup>29</sup>. A la vista de lo sucedido con Rusia en China, esperaban los franceses que la crisis de 1898 se resolviera con una escaramuza diplomática.

Ante las intromisiones de Francia y de Rusia en la negociación de un préstamo a China, declararon los ministros de Finanzas y de Colonias, Michael Hicks Beach y Joseph Chamberlain, que, para defender sus derechos, el Reino Unido no dudaría en recurrir a la guerra<sup>30</sup>.

Desde junio hasta el otoño, los ingleses se convencieron de que había llegado la hora de “una brutale e chiara affermazione della propria forza”, como aseguraba el embajador Francesco de Renzis. El primer paso en ese recorrido fue el discurso de Salisbury sobre las naciones muertas, incapaces de ganarse día a día el respeto de los otros a su dignidad. Vinieron luego las palabras de Joseph Chamberlain, tendiendo la mano a Estados Unidos. Con esos dos gestos se advertía a Europa que el Reino Unido, pese a su “espléndido aislamiento”, podría contar con el auxilio de poderosas fuerzas.

En ese contexto, recibió España una “intimación dura e inexorable” para que demoliera las fortificaciones en Punta Carbonera. Fue el primer acto de esa nueva política, que acababa de revelarse con total claridad en el incidente de Fachoda.

Los hechos son conocidos. Tras la victoria de Omdurman, la acción del coronel Jean-Baptiste Marchand izando bandera en Fachoda (Sudán) era la

---

<sup>28</sup> Creía Tornielli que el planteamiento de Hanotaux suponía un paso hacia la internacionalización del alto Nilo y el predominio del dominio británico, como resultado de la comunidad de intereses entre varias potencias. 370/146 Tornielli-Visconti, 12 de febrero de 1898, ASD SP P 55.

<sup>29</sup> El fracaso de una negociación anterior sobre África y la presión del partido colonial francés, tal como apuntó Hanotaux al embajador inglés en París, r 3704/1213 Giuseppe Tornielli-Brusati di Vergano-Visconti Venosta, París 22 diciembre 1897, DDI III/2 Roma 1958 234-235.

<sup>30</sup> Salisbury dijo el 19 de enero de 1898 al general Ferrero: no hay que dejarse engañar por la apariencia de tranquilidad. Su país estaba siendo hostigado por todas las potencias europeas, salvo Italia. En los ingleses perduraba el recuerdo de Trafalgar. Eso podría incitarlo a una revancha naval. Sólo “l'eccessiva ricchezza, il timore di vedere tale ricchezza compromessa, anche in parte” favorecerían el amor a la paz entre los ingleses, pero la generación siguiente recibirá como herencia “la necessità storica di un conflitto per l'esistenza”. 39/23 Ferrero-Visconti Venosta, 20 enero 1898, DDI III/2 Roma 1958 258-259.

oportunidad de culminar con una expresión de fuerza la obra hecha en Egipto. Era unánime la opinión inglesa a favor de la guerra. Estaba preparada para ella y la quería. Cedieron los franceses, que ya buscarían resarcirse de esa humillación.

No fue ajena a esa mudanza en la opinión inglesa la constatación de que las victorias militares traían siempre ventajas comerciales. La pacífica actitud de Inglaterra le fue cerrando espacios para la expansión de las ventas de sus productos<sup>31</sup>.

Se habló entonces de una nueva diplomacia<sup>32</sup>. El gabinete de Salisbury aumentó su fortaleza parlamentaria. A ello contribuyó también la victoria norteamericana sobre España. La simpatía demostrada desde el principio por el gobierno inglés hacia Estados Unidos se juzgaba una prueba de la sagacidad de Salisbury<sup>33</sup>.

En otoño de 1900, hubo una crisis parcial. Salisbury mantuvo la presidencia pero dejó el *Foreign Office* a Lord Lansdowne, hasta ese momento ministro de la Guerra. En sus veinte años de actividad política, Lansdowne se mostró como una persona moderada y de tacto<sup>34</sup>.

Esos mismos días en Francia se acusaba al gobierno de haber debilitado su alianza con Rusia, que los franceses consideraba vital para su seguridad. ¿Había cambiado la situación en Europa tras haberse comprobado que todas las potencias europeas habían sabido cooperar en la crisis china? ¿Había supuesto el protagonismo de Alemania y del Reino Unido en ella un aislamiento de Francia? Estas preguntas podrían haber hecho caer el prestigio del Théophile Delcassé, ministro de Asuntos Exteriores desde 1898 y uno de los miembros más fuertes del gobierno.

Los telegramas entre Nicolás II y Émile Loubet con ocasión de la inauguración del monumento al presidente Sidi Carnot, asesinado en Lyon, habían puesto las cosas en su punto: todo seguía igual entre los dos aliados<sup>35</sup>.

---

<sup>31</sup> 755/357 Di Renzis-Canevaro, 7 de noviembre de 1898, ASD SP P 488.

<sup>32</sup> A veces, aun teniendo pleno derecho, a declarar la guerra, no se tomaba esa decisión. Pero antes de condenar a quien así actúa, habría que estar seguros de que otras posibles complicaciones no aconsejaran economizar las fuerzas a disposición del gobierno. "Lord Salisbury and Foreign Policy": *The Standard*, december 17, 1898. Discurso en el Constitutional Club, pronunciado la noche anterior.

<sup>33</sup> 111/50 Renzis-Canevaro, 6 de febrero de 1899, ASD SP P 488.

<sup>34</sup> T. 782/369 y 794/378 Bottaro Costa-Visconti Venosta, 2 y 8 noviembre 1900, *DDI* III/4 Roma 1972 279-280 y 287-288. Francesco de Renzis, embajador en Londres, había muerto en Auteil, Francia, el 28 de octubre.

<sup>35</sup> 2537/1263 Tornielli-Visconti Venosta, 9 noviembre 1900, ib. 288. Sobre el impacto que la situación del ejército francés estaba causando en Rusia y la reacción de los franceses, 2911/1440 y 79/38 24 diciembre y 10 enero, ib. 380-381 y 412.



El 7 de diciembre de 1900 Lansdowne, secretario del *Foreign Office*, desde hacía pocas semanas, habló de la guerra en Transvaal entre los emigrados ingleses y los boers. Tres semanas después intervino Salisbury en el parlamento: no consentiría que la República del Transvaal continuara siendo un Estado independiente. Esa exigencia no la aceptarían los boers. No quedaba otra solución que aplastarlos, impidiendo así que se reprodujera una resistencia que atentaba contra los intereses del Imperio<sup>36</sup>.

A su regreso de África del Sur, el general Frederick Roberts, comandante en jefe de las fuerzas inglesas, planteó el deber de informar a la opinión de la necesidad de sacrificios muy costosos para continuar la guerra y acabarla con una victoria. Muchos pensaban que los resultados no compensarían el esfuerzo<sup>37</sup>.

Pero volvamos a España. Su política “occidental” se inicia tras el 98. Fue una decisión de Silvela, en el primer gobierno que formó en 1899. La prosiguió luego en 1903. La continuó Maura en 1904 y en 1907. La afirmó como la única viable y como justificación de la neutralidad en 1917<sup>38</sup>.

Ayer como hoy la política exterior es la proyección más diáfana de las propuestas políticas que circulan en una sociedad y la revelación más clara de las convicciones de quienes las hacen. “Occidental” no es una posición geográfica. Significa elegir unas instituciones que tutelan la libertad. Occidental y atlántica son dos notas que revelan la concepción “republicana” de la libertad<sup>39</sup>.

Cuando se quiso inaugurar un “Nuevo Estado” en España, hubo que borrar de la memoria el pasado inmediato. España era incompatible con Occi-

---

<sup>36</sup> El encargado de negocios en Londres creyó oportuno remitir a su gobierno esta parte del discurso. 860/417 Bottaro Costa-Visconti Venosta, 7 diciembre 1900, ib. 345. Durante el debate de respuesta al discurso de la Corona, Salisbury dijo estar dispuesto a acabar con la guerra negociando con la población, pero no aceptaría iniciativa alguna de paz por parte de una potencia. 36//17 Pansa-Giulio Prinetti, 18 enero 1902, ib. III/6, Roma 1985, 45-47.

<sup>37</sup> 6/2 Bottaro Costa-Visconti Venosta, 3 enero 1901, ib. 392.

<sup>38</sup> *Situación de España*, discurso pronunciado en la Plaza de Toros de Madrid en la mañana del 29 de abril de 1917, Imprenta Eduardo Arias, Madrid 1917, recogido en *Tres discursos de Maura sobre política exterior*, reeditados en el centenario de su nacimiento, AGESA, Madrid 1957.

<sup>39</sup> Me refiero a esa tradición de la libertad, que consiste en juzgar innegociable el no aceptar la dominación ni tolerar un poder arbitrario. Philip Pettit, *Republicanism. Una teoría sobre la libertad y el gobierno*, Barcelona-Buenos Aires-México, Paidós, 1999. Considero el análisis más lúcido sobre las otras “libertades” el hecho por Albert Camus, *El mito de Sísifo* (1942 y *El hombre rebelde* (1951), traducción de Luis Echávarri, Buenos Aires 1957. En su obra póstuma, recordando su infancia, denunciaba “que los hombres fingen respetar el derecho y sólo se inclinan por la fuerza”. “El primer hombre” publicada en 1994, en *Obras 5*, Madrid 1996, 602-603.



dente. Sus intereses, incompatibles con Inglaterra y Francia, las dos naciones europeas que entonces defendían la libertad y a quienes se acusaba de haber sido los “amos” de la II República. Se ensanchó “Occidente” cuando se unió a su lucha la “república” del otro lado del Atlántico.

Se escribió en los años cuarenta que España ignoró hasta entonces “las necesidades internacionales”. Había perdido su tiempo y su norte por culpa de “nuestro afrancesamiento liberal”<sup>40</sup>.

Decir no a esto es algo más que una conclusión académica. Es un deber cívico, un compromiso para que este país no eluda jamás los esfuerzos que permitan que sus ciudadanos, quizás los más dignos, arriesguen su vida escudando a los más indefensos en aquellos lugares que “sí existen”, aunque se empeñen en que los ignoremos<sup>41</sup>.

Se ha visto en la historia de la política internacional, la llamada antes “historia diplomática”, una “historia de superficie”, a la que se escapan las fuerzas profundas, sociales, económicas, espirituales, que mueven la política exterior de un Estado. Con su habitual generosidad, Jover afirma que hay que contar con ello. Con su sagacidad de humanista, añade: una historia de los contactos en la cumbre del poder y las prácticas de quienes gestionan la política exterior, los diplomáticos, conserva aún su valor.

Para que la historia tenga eficacia social debe investigar no sólo sobre las estructuras, que condicionan la libertad de las personas, sino también sobre la experiencia humana, que se condensa en las decisiones que aquellas toman. Las primeras son las circunstancias que acompañan a estas. No hay que renunciar a conocer la relación entre las decisiones y los destinos colectivos. Jover cree que quienes han servido al poder y a la razón, no deben ol-

---

<sup>40</sup> Entre 1898 y 1923, es decir, entre la “derrota” y la dictadura, la clase política no creyó en España, a quien niegan “pulso”. Ese pesimismo amargo impidió a veces cumplir el deber. Otras, fue cobardía o frivolidad. “Durante ese tiempo no hubo valor o constancia para formar la opinión pública o hacerla mirar cara a cara los problemas y las necesidades de España”, que renuncia a toda “empresa exterior”. Alfonso García Valdecasas, prólogo a Fernando María Castiella y José María Areilza, *Reivindicaciones de España* 2ª edición, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1941, 7-8 y posición de los autores, ib. 19-31 y 56. En este mismo instituto se publicó una tesis dirigida por Castiella, Leonor Meléndez, *La política exterior de Cánovas*, Madrid Instituto de Estudios Políticos, 1944. Años más tarde, en esa misma “casa”, aunque con otro nombre, se descalificaba de nuevo a Cánovas. Esperanza Yllán Calderón, *Cánovas del Castillo entre la historia y la política*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1985.

<sup>41</sup> Quiero citar aquí, como homenaje a todos los demás, el testimonio de los hermanos maristas asesinados en 1998 en la República Democrática del Congo. Se negaron a ser repatriados para poder “escudar” a la población civil. Recordaron dos días antes de su muerte que, si era posible enviar un avión para salvar sus vidas, también lo era para enviar medicinas y alimentos.

vidar a las personas. Está en juego el que la historia se atreva con la verdad<sup>42</sup>.

La historia de las relaciones internacionales no pretende ofrecer “precedentes” a una política exterior o responder a curiosidades. Manejando fuentes y usando y rectificando hipótesis, redactando síntesis, busca descubrir los *elementos permanentes* de una política exterior. La de cada país no es algo que se improvise en cada generación. En el caso español, la orientación mediterránea y atlántica procede de la herencia aragonesa y castellana.

¿Cómo fue la política exterior de España en el siglo XIX? Le faltó norte y personas que dirigieran su rota. Por eso tuvo que conformarse con el papel de satélite, situación que nadie respeta y que contrasta con lo conseguido por Italia<sup>43</sup>.

No es esta la conclusión a la que se llega en este trabajo. En el método, en la actitud intelectual, es decir, en el punto de partida, he procurado no apartarme de quien es considerado un maestro por todos los que hemos dedicado esfuerzo y tiempo a la historia de los diversos aspectos de las relaciones internacionales.

Varios proyectos de investigación me han permitido compartir el trabajo y beneficiarme de los conocimientos y afanes de personas como Manuel Espadas Burgos, Luis Álvarez, Alberto Lleonart, Rosario de la Torre, Rafael Núñez Florencio, Agustín R. Rodríguez González, Hipólito de la Torre. En alguno de los seis proyectos, en los cuales he trabajado desde 1987, entonces más jóvenes, pero ya gente “sabia”, participaron Inés Roldán Montaud, Fernando García Sanz, Lorenzo Delgado, María Dolores Elizalde y María Dolores Domingo.

Concepción Murillo Ballesteros forma parte del proyecto actual que me ha permitido escribir este texto. José Ramón Urquijo, Francisco Villacorta Baños y Eduardo González Calleja han aportado la amistad y la acogida más valiosa que nunca en estos duros tiempos.

---

<sup>42</sup> “Decir la verdad, saber encontrarla y, sobre todo, buscarla, no sólo en las *res gestae* o en esas estructuras económicas, políticas y culturales, con las cuales la historia universal se forja su propio andamiaje, sino en la acción humana, en el esfuerzo humano, en el sufrimiento humano, cualquiera que sea el credo, la raza o la condición social de un hombre que es, en cualquier caso, protagonista de la historia, en cualquier caso nuestro hermano”. José María Jover, “Reflexiones sobre la guerra”, en *España y la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid 1999, 251 y 261-266.

<sup>43</sup> “Un intento constructivo, superficial y alicorto, con la Restauración: un profundo estremecimiento nacional, especie de examen de conciencia del que teme la muerte, durante los últimos tres lustros de la centuria. Después, el 98: liquidación de un Imperio ante una Europa en la que recogemos lo que habíamos sembrado: indiferencia” José María Jover, “España y la paz de Utrech” en *España y la política internacional. Siglos XVIII-XX*, Madrid 1999, 68, 71 y 82.

Un trabajo de historia nunca es definitivo, porque, siendo una *labor*, es decir, una tentativa cotidiana, según la expresión de Jorge Guillén, no puede ser perfecto. Este tiene carencias. La más notable: la elección de las fuentes, españolas, francesas e italianas. La explicación: considero que Francia e Italia fueron las dos vías por las que España accedió a la política internacional europea. Por la primera, buscó estos años el apoyo de Rusia y, luego, recibió el de la *entente cordiale*. Por medio de Italia, le dieron las tres potencias monárquicas legitimidad y solidaridad a la dinastía durante los años previos a 1900.

Con Italia y el Reino Unido, formó España un grupo –la triple occidental, según la diplomacia francesa– que prolongó el statu quo en Marruecos. Gracias a esa política, tuvo España en su frontera sur un Estado soberano e independiente, cuya integridad territorial quedó garantizada frente al expansionismo francés desde Argelia hacia el Atlántico. Las potencias europeas y Estados Unidos convinieron en 1906 en Algeciras mantener en Marruecos la libertad comercial.

No hace mucho, leí la recensión de la una extensa biografía, un texto de 524 páginas. Se reprochaba al autor haber omitido cosas. Quien firmaba la reseña es un experto en la derecha española. Ignoraba su “dictamen” limitaciones evidentes que se imponen a un autor o que él mismo se fija. Unas y otras son obvias. Si no se ven, quizás falte esa bonhomía machadiana, gracias a la cual uno lee en un libro lo que hay en lugar de ambicionar haberlo escrito. Despojado de ese hábito de no escuchar o de hacerlo sólo si el otro es un eco o un pretexto para replicar, sabrá acoger al otro.

Este es un trabajo hecho en archivos. Apremiado por la necesidad de reducir el texto, no he podido citar a todos los que han escrito sobre los temas que aquí se exponen. Basta con haberlos leído. Esto se aparta de los “códigos académicos”. No mencionarlos no significa ignorarlos ni oculta el agradecimiento a lo que han aportado. Conste a todos los efectos.

La historia implica una comprensión superior al relato, porque “pretende contar la verdad”. Por eso se separa de la ficción e “indaga”. Esa es su nota fundamental, su “intencionalidad específica”. Está obligada a amoldarse a “una exigencia específica: *el archivo*”. Gracias a él, rompe continuamente con la ficción y la ideología. El historiador “se somete al acontecimiento a través de la huella que deja en forma de archivo”. Esta exigencia se expresa, desde el punto de vista del léxico, no porque los papeles recogidos en él sean inauditos o inéditos, sino porque fueron reales<sup>44</sup>.

---

<sup>44</sup> “La separación que lleva a cabo la indagación, la exigencia del archivo y la sobreabundancia de lo real son los tres modos de decir” con los cuales la historia se obliga a comprender los documentos, más allá de la “lógica” que impone con sus límites el sentido común, a la

Hecho con la nómina de un Organismo Público de Investigación y financiada su edición con dinero público, este es un trabajo más, es decir, una parte de lo que cada jornada hace su autor para ganarse honradamente su pan.

En el siglo I a.e.c., un autor situaba en el partido de la muerte a quienes pronunciaban estas palabras: “Oprimamos al justo pobre. Sea nuestra fuerza la norma de la justicia. Pues la debilidad, como se ve, de nada sirve”<sup>45</sup>.

Testificar que esos designios no se han cumplido, jamás se cumplirán y tampoco tendrán memoria ni futuro los que hoy parecen poder realizarlos es para mí el primer deber. En esa esperanza y desde ese compromiso –el único que puede llamarse “obra de paz”– se han recogido aquí palabras y nombres.

Madrid, noviembre 2005.

---

hora de reconstruir la realidad. Paul Ricoeur, *Historia y narrativa*, Barcelona, Paidós, ICE-UAB, 1999, 179-180, en Manuel Suárez Cortina, “El sexenio democrático en la literatura de fin de siglo”, *España, 1868 1874. Nuevos enfoques sobre el sexenio democrático*, Serrano García, Rafael (Dir), Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2002, 332-333 y 360.

<sup>45</sup> Este escrito redactado en Alejandría recibió el nombre de “Libro de la Sabiduría”. El lector lo puede localizar en cualquiera de las ediciones de la Biblia, que usan los cristianos, pues es un escrito deuterocanónico.